

Las Constituciones y cambio de nombre de la Congregación



Las Constituciones del Instituto están inspiradas en el Evangelio aplicado al carisma de las Hermanitas. Son normas de vida que deben seguir en su consagración a Dios y servicio a los ancianos, a imitación de Jesús. La Madre Teresa era obediente a estas normas y exigía esta misma fidelidad a las Hermanitas: «Observen las Reglas a la letra y todo irá bien; además de ser el camino más fácil y más seguro». «Si no se sienten con fuerza para cumplirlas, vuélvanse a sus casas, porque de lo contrario no alcanzarán jamás a ser verdaderas Religiosas».

Redactadas por don Saturnino, el Fundador, las Constituciones habían recibido su aprobación diocesana el 14 de octubre de 1872 y el 10 de mayo de 1873, en las dos diócesis donde se había establecido inicialmente el Instituto. Pero era preciso obtener la aprobación de Roma para garantizar su carisma en todas las fundaciones. El 14 de junio de 1876 llegó de Roma el «**Decretum Laudis**» por el cual el papa Pío IX lo elevaba a la condición de Instituto de Derecho Pontificio.

Sin embargo, la fundación sufrió un grave contratiempo. Las «Petites Soeurs des Pauvres» proponen el cambio de nombre de la nueva Congregación fundada por el canónigo de Huesca, don Saturnino, en base a que ésta impedía la expansión y crecimiento de aquella. «Estamos en tiempo de prueba... No hay que perder el ánimo, Dios nos ayudará en todo», rezaba la Madre Teresa. Y redactó un extenso Memorial en el que daba una explicación sobria, clara y precisa del origen, misión y nombre del Instituto que, ya desde un principio, se identificaba con el término «Desamparados».

El 21 de julio 1882 el papa León XIII aprobó el cambio de nombre de la Congregación, aceptando la propuesta de la Madre Teresa: «**Hermanitas de los Ancianos Desamparados**». Cinco años más tarde, en agosto de 1897, llegó la aprobación pontificia de sus Constituciones, y cinco días después moría santamente Madre Teresa Jornet Ibars.



PENSAMIENTOS DE SANTA TERESA DE JESÚS JORNET

- ✓ Cuidar los cuerpos, para salvar sus almas mostrándoles la Buena Nueva del Evangelio
- ✓ Lo que se hace a los pobres, Dios lo recibe hecho a su misma persona.
- ✓ Que vuestras obras vayan siempre revestidas de caridad.



5

LA MISIÓN DE LA CONGREGACIÓN: CUIDAR LOS CUERPOS, PARA SALVAR SUS ALMAS

La Madre Teresa ha dejado en las Actas de sus Visitas a las Casas-Asilo del Instituto el orden que tenían sus preocupaciones de Fundadora y Madre: la observancia de las Constituciones, las relaciones de las Hermanitas entre sí, y el cuidado de los ancianos. Totalmente entregada al Instituto, con su vida y su magisterio definió el carisma y la misión de la Congregación que engendró.



Las Casas-Asilo, hogares para los ancianos

Cada fundación conllevaba la habilitación de una Casa-Asilo, en general un edificio viejo que se acondicionaba para los ancianos acogidos. Pero también eran casas religiosas, pues la capilla ocupaba el corazón de la Casa.

Los ancianos acogidos eran pobres, desamparados de todo y de todos, faltos incluso del afecto: «Normalmente los que llaman a nuestras puertas son aquellos para los cuales la vida es más dura». La caridad de las Hermanitas y el entorno amable y cuidado hacen el milagro de su recuperación y, poco a poco, se va silenciando su dolor.

Con amor y paciencia la Madre Teresa descubría las llagas abiertas en sus almas: «Trátenlos con paciencia y caridad. Por incorregibles que sean no les digan nunca que, si no están contentos, tienen la puerta abierta y se pueden marchar». Al contrario, procuraba alegrarlos y mantenerles en paz a fuerza de afecto, bondad, comprensión y confianza.

Los respetaba mucho y los trataba con mucha solicitud. Se preocupaba de que recibieran alimento abundante y bien condimentado: «Que la comida sea buena, que esté calentita». Ella misma la probaba antes de servírsela y ver si estaba en condiciones. También tenía pequeños detalles con ellos y procuraba tenerlos ocupados para que se sintieran útiles.

«**Cuidar los cuerpos, para salvar sus almas**» es la misión fundamental de su Obra y expresión de su caridad: «guiarles con buenos consejos y la práctica de las obras de misericordia espiritual, para que eleven el propio corazón a Dios y se unan a Él», preparándose para una buena muerte.



Para los ancianos la Madre Teresa era su verdadera Madre y, como tal, también debía orientar la vida de cada fundación y asistirlos en sus necesidades. De ahí la importancia que daba a la visita de las Casas-Asilo. La expansión del Instituto redoblaba esta labor que ella realizaba gustosa, a pesar de su delicada salud.



El Noviciado

La idea inicial de convertir la Casa Pueyo de Barbastro en Noviciado pronto cambió. El apostolado propio del Instituto exigiría ya a las postulantes conocer la vida de las Hermanitas y su atención a los ancianos. También era preciso que su formación se hiciera bajo la mirada de quien había recibido del Señor la misión de engendrarlas en la vida religiosa: la Madre Teresa.

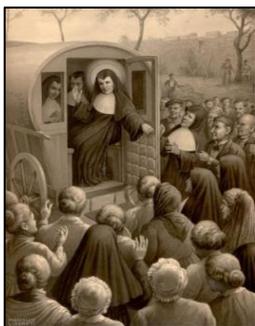
Por ello el Noviciado se instaló en Valencia, primero en la pequeña casa de la plaza de la Almoina y, más adelante, en el antiguo convento de Santa Mónica; su ampliación fue inaugurada en 1885. Sor María de Jesús Jornet, hermana de la Madre Teresa, fue Maestra de Novicias. El Noviciado garantizaba la continuidad de la Obra.

Madre de Almas: el magisterio de la Madre Teresa

La apertura de nuevas Casas estaba condicionada, principalmente, a la existencia de un número suficiente de Hermanitas. Si extraordinaria fue la multiplicación de las Casas-Asilo, mucho más lo fue la floración de vocaciones. Pero, más que en el número, la Madre Teresa se interesaba por la calidad de la formación de las novicias. La Madre Teresa también se entregaba de lleno a esta labor.

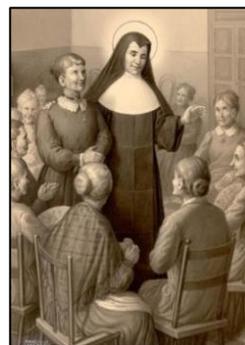
Entendía que el don de la vocación debía vivirse con exigencia y, por ello, era cauta en la admisión de las postulantes: «Prefiero ocho columnas firmes a muchas cañas movedizas». Quería que sus Hijas fuesen almas sencillas equilibradas y humildes: «La verdadera grandeza de las almas está en el modo como se realizan las cosas, no en el puesto que se ocupa». La novicia ha de ser «como un vaso que transparenta lo que en él se pone». Esta transparencia la consideraba indispensable para el progreso espiritual.

Las jóvenes tenían en la Madre Teresa su modelo de vida; se formaban con su palabra y su ejemplo. El atractivo de la santidad que emanaba de ella las animaba a imitarla para ser mejores: «Nada hay pequeño cuando se hace por la



gloria de Dios». Procuraba que reinara la concordia entre todas sus hijas: «Atiendan, Hermanas, piensen que Dios está en todas partes y así haremos bien todas las cosas».

Gustaba de exigir fidelidad al silencio para asegurar la vida de oración. «Guarden silencio, que no es posible haya presencia de Dios donde anda suelta la lengua; ni puede estar recogido el espíritu, cuando no lo está la lengua». Pero era contraria a la melancolía y la tristeza. En una ocasión una novicia se había presentado a la Madre Teresa «con un rostro compungido y toda cubierta con el velo y acurrucada. «Madre —le dijo— yo quiero ser santa». La Madre Teresa la miró y, cogiendo un alfiler, sujetó su velo a la espalda obligándole a mantener la cabeza levantada y la envió al Noviciado. Su modo de corregir y formar, con calma y buen humor, facilitaba la obediencia y recordar sus consejos.



La misión de las Hermanitas consiste en confortar los últimos años de vida de sus acogidos y prepararlos al encuentro feliz y eterno con Dios: «Con los ancianos téngase muchísima caridad y paciencia y se cuide de que estén bien asistidos ... Más aún que de su asistencia corporal, procúrese la espiritual, que es el objeto principal de nuestra misión». Sólo cuando el corazón del ancianito se ha rendido a la caridad de la Hermanita,

comienza a estar en disposición de entregarse a la caridad infinita de Dios.

La Madre Teresa inculcaba a las Hermanitas la vida de pobreza aunque asegurando que no faltara lo necesario a los ancianos: «Lo que la Congregación tiene no pertenece a las Hermanitas, pertenece a los ancianos ... si faltamos en esto, no cumplimos el objetivo principal de nuestra misión». «**A más pobres, más protectores**» era la norma a seguir en la acogida de ancianos.

«**Amar mucho**» es parte inseparable de la vocación y la vida de las Hermanitas. Su itinerario espiritual se fundamenta en Jesús oculto en el Santísimo Sacramento y en los ancianos: «Buscar a Jesús dentro de nosotras y servir a los pobres con todo esmero». Es un amor manifestado en las obras: «Fervorosas y de vida interior, sí, pero no de aquellas que dejan el trabajo para las demás». Y un gran amor a la Eucaristía para hallar el reposo delante del Sagrario: «Sean cada día más humildes, dóciles y sumisas y así se mantendrán muy unidas entre ustedes ... y se les harán más fáciles y soportables todas las obediencias que deben cumplir con puntualidad y fervor». «**Ojos al suelo y corazón al Cielo**».

